



Una serie
★★★★★
bestseller

MANUELA INUSA

La tetería de la felicidad

Bienvenida a Valerie Lane, la calle más romántica del mundo

m̄

MANUELA INUSA

LA TETERÍA DE LA FELICIDAD

Serie Valerie Lane

Traducción de Noelia Lorente Romano

m̄ ediciones martínez roca

Título original: *Der kleine Teeladen zum Glück*

© Blanvalet Verlag, una división de Grupo Editorial Random House GmbH,
Munich, Alemania, 2017. www.randomhouse.de
Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent. www.uklitag.com
© por la traducción, Noelia Lorente, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

© del diseño de la portada, punchdesign | Johannes Wiebel 2019
© de la imagen de la portada, Mark Wolters, Nickolay Khoroshkov, Semiletava
Hanna, kneiane y Paul Rookes, Shutterstock

Primera edición: septiembre de 2019
ISBN: 978-84-270-4628-3
Depósito legal: B. 15.787-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

—¡Maldita sea! —se quejó Laurie al darse cuenta de la carrera que había en las medias recién sacadas de la caja.

Ya se imaginaba que volvería a pasarle algo así, justo ese día. En diez minutos como mucho Barry Lohan se presentaría allí para llevarle su último pedido de té. ¡No se retrasaba nunca!

—¿Y ahora qué? —le preguntó Laurie al buda de color púrpura que había en la estantería junto a los tés del Lejano Oriente.

Había puesto mucho empeño en que la decoración fuese perfecta. Con una buena presentación se podía vender prácticamente cualquier cosa, de eso estaba segura.

—Vale, sí... No tienes por qué contestarme. ¡Y yo que pensaba que eras tan sabio! De acuerdo, ya se me ocurrirá algo a mí.

Miró el reloj. Faltaban ocho minutos para las nue-

ve de la mañana de un martes del mes de julio. El sol brillaba, los pájaros cantaban, las flores de Valerie Lane desprendían su propia fragancia... ¡Y Laurie tenía una carrera en las medias!

Demasiado tarde. No le quedaba más remedio que quitárselas. En realidad, hacía demasiado calor para llevarlas. Además, si no se hubiese visto aquellas horrorosas varices, probablemente no habría querido ponérselas. A sus treinta y dos años ya no tenía la misma piel de bebé que su amiga Ruby, nueve años más joven que ella y dueña de una tienda de antigüedades al final de la calle.

Laurie aparentaba la edad que tenía, y eso también era bueno. Reconocía sin esfuerzo que se hallaba en la flor de la vida y muy a gusto en su piel. Más aún, Laurie estaba satisfecha con su edad porque cada día que pasaba aprendía algo nuevo, y se sentía orgullosa de lo que había conseguido. Estaba contenta consigo misma. Le gustaban sus cabellos largos del color de la cereza roja, aun sabiendo que casi siempre le daban un aspecto no poco rebelde. Sus ojos azules le parecían bonitos, porque irradiaban amor y amabilidad, como solían decirle. A diferencia de muchas de sus amigas y conocidas, a Laurie le gustaba su cuerpo, y a menudo optaba por llevar faldas y vestidos de colores vivos. Era como más cómoda se sentía. De hecho, no había nada en ella que le afligiese, pero tampoco hacía falta ir enseñando aquellas detestables varices. So-

bre todo a una persona en especial, que estaba a punto de aparecer por la tienda.

Faltaban seis minutos para las nueve. Demasiado tarde para colgar en la puerta el letrero de CERRADO y salir corriendo hacia la droguería más cercana.

Pero Laurie aún podía hacer una cosa. Cogió el teléfono rápidamente y marcó el número de Susan, la joven que tenía una tienda de lanas al otro lado de la calle.

—Susan's Wool Paradise, ¿en qué puedo ayudarle? —contestó ella enseguida.

—¡Hola, Susan! Perdona, no tengo tiempo para saludos... ¿Por casualidad no tendrás por ahí unas medias?

Silencio. Demasiado silencio.

—¿Susan?

—Estamos en pleno verano —fue la única respuesta.

—Eso ya lo sé, pero... ¿las tienes o no?

—No, lo siento.

—De acuerdo, gracias de todos modos. Tengo que dejarte. Te llamo luego. —Colgó en el acto y otra vez miró la hora. ¡Faltaban cuatro minutos para las nueve!

Echó un vistazo por la ventana y se quedó de piedra. ¡Vaya, ya estaba allí! ¿Por qué tenía que ser siempre tan puntual ese hombre? Bueno, cabe decir que era una de las cualidades que más le gustaban de él, aunque no precisamente hoy.

¿Qué podía hacer? Debía decidir a toda velocidad cuál era el mal menor: presentarse ante él con una carrera en las medias o enseñarle las piernas. Al final, se rindió: Barry acababa de alcanzar la puerta, así que ya era tarde para apresurarse a la trastienda y quitarse las medias. Se quedaría tal y como estaba, confiando en que él no se diese cuenta.

Sonó la campanilla que colgaba de la puerta, Barry entró en la tienda y el corazón de Laurie dio un brinco como le sucedía siempre que lo veía. Bueno, en realidad no era un brinco, era un salto enorme equivalente a lanzarse desde el monte Everest o, como mínimo, desde el Mont Blanc.

«Respira, no pasa nada. Tan sólo es un hombre», se dijo a sí misma. A pesar de que fuese tan importante para ella desde hacía seis meses; para ser exactos, desde la primera vez que entró en la tienda para preguntarle si ya tenía un buen proveedor de té. Por aquel entonces Laurie llevaba más de cinco años al frente de la tetería y había renunciado a los proveedores. No sólo para ahorrar costes, también porque le hacía ilusión ocuparse ella misma de las compras. Sin embargo, bastó un vistazo a la mirada cálida de Barry y su sonrisa para que cambiase de opinión. No, le había dicho, no tenía proveedores, pero podía dejarle su catálogo y ella ya se pondría en contacto con él.

Y eso había hecho apenas dos días más tarde. A partir de entonces, Barry se convirtió en su proveedor.

—Buenos días, Laurie, ¿cómo estás hoy? —preguntó Barry desplegando su mejor sonrisa, que tanto le recordaba a Jude Law. Colocó a un lado de la puerta las dos cajas grandes que llevaba al entrar.

—Hola, Barry. No me puedo quejar. —Le saludó con una sonrisa resplandeciente.

—Me alegra oír eso.

Laurie no podía quitarle los ojos de encima. Aquella mañana Barry iba con unos *shorts*, una camiseta gris oscura de Pink Floyd y unas deportivas Nike. Su cabello castaño parecía a todas luces más corto que el martes anterior, se había dado cuenta enseguida. Dios mío... Allí estaba de pie, sonriéndole. Y ella, a punto de desmayarse. Sus ojos, uno verde y otro azul, irradiaban al menos tanta calidez como su fantástica sonrisa. Era simplemente perfecto. Y lo mejor de todo era que al parecer él ni siquiera lo sabía. Laurie tenía la impresión de que era demasiado modesto, reservado y, sí, algo tímido. Y en su opinión eso lo hacía aún más atractivo.

—¿Y cómo estás tú, Barry? —preguntó ella una vez se hubo repuesto en parte. ¡No podía estar mirándole sin parar como si nada!

—Fenomenal. Acabo de reservar una entrada para la Feria Internacional de Hong Kong.

Laurie abrió los ojos como platos.

—¿Hong Kong?

—Sí, tiene lugar en agosto. Es el sueño de cualquier comerciante de té, y yo hace años que deseo ir.

—Vaya, espero que no termines enamorándote de alguna hongkonesa —añadió. Y, además de si en verdad existía la palabra *hongkonesa*, al instante se preguntó a santo de qué había tenido que soltarle algo tan absurdo.

Barry la miró con el ceño fruncido.

—¿Y por qué no?

—Bueno, pues porque... —¡Oh, maldición!—. Pues porque si lo haces, el resto de tu vida... vas a tener que alimentarte de fideos instantáneos —balbuceó golpeándose la frente en su imaginación. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué motivo tenía que comportarse siempre de un modo tan estúpido cuando aquel hombre estaba cerca de ella?

—No, ya me buscaría a una que supiese cocinar bien —sonrió irónicamente.

Laurie optó por no decir nada. Hubiese preferido que se la tragase la tierra.

¿Por qué todo era tan complicado con los hombres? Hacía seis meses que planeaba pedirle una cita a Barry, y hacía seis meses que se preguntaba, cada vez que él venía a verla, por qué razón se comportaba como una gallina y no reunía el valor para decírselo de una vez por todas.

Enseguida surgió entre los dos una tensión incómoda, que, por fortuna, Barry supo disipar.

—Entonces, ¿qué quieres que traiga la próxima semana? —preguntó él.

—Lo de siempre. He hecho una lista. —Se la entregó con una sonrisa de alivio, aunque sus manos se rozaron durante una milésima de segundo y Laurie estuvo a punto de sufrir un infarto.

Barry echó una ojeada a la lista. Naturalmente, junto al pedido ordinario, había como de costumbre algunas particularidades, puesto que Laurie pasaba buena parte de su tiempo libre en busca de nuevas variedades de té. Sólo quería lo mejor para sus clientes, que sabían apreciarlo. Justo por eso visitaban su tetería: porque ella sabía qué era lo que se llevaba. Y sabía también qué necesitaban el cuerpo y la mente.

Era lo que Laurie siempre había soñado: un rincón acogedor donde poder encontrar algo más que un simple establecimiento; un oasis de bienestar donde desconectar por unos instantes; un lugar donde respirar los aromas más increíbles; un sitio donde poder mimar el paladar con fantásticas y extraordinarias combinaciones de sabor y donde sentirse bienvenido. El día en que se lanzó a la búsqueda del local apropiado para aquello y, de repente, vio esta tienda en la esquina, lo tuvo tan claro como el agua: su tetería iba a llamarse Laurie's Tea Corner.

—Tengo una pregunta más —dijo ella—. ¿No tendrás esa infusión que está tan de moda ahora? Este mismo fin de semana he leído algo al respecto en una revista. El artículo decía que todas las estrellas de Hollywood la toman porque reduce el estrés y ayuda a

mantener la paz interior. —Los ojos le brillaban siempre que hablaba de nuevas variedades de té. Le entusiasmaba.

—¿Te refieres al Mithi Chai? He oído que es de lo más popular en Hollywood.

Barry le guiñó un ojo. Sabía mucho más de té que ella. Conocía cada variedad, tal y como a menudo había podido comprobar Laurie. Por supuesto, se ganaba la vida con ello. Tenía que saber muchísimo de tés para poder recomendarles a sus clientes adecuadamente. Sin embargo, no era sólo eso: saltaba a la vista que aquel tema le apasionaba. A Laurie le gustaba saber que compartían aquella pasión por el té.

—No, se llamaba de otra manera. —Hacía años que trabajaba con infusiones y tés, y ahora no recordaba el maldito nombre. ¿Cómo podía afectarle tanto la presencia de Barry? Tenía la sensación de que su cerebro era de barro.

—El Mithi Chai lleva una mezcla de hinojo, anís, regaliz, cardamomo, manzana, canela, clavo, jengibre y pimienta negra —le explicó Barry.

Laurie hubiera podido pasarse horas y horas escuchando cómo enumeraba cada uno de los ingredientes.

—No, no es ése. El que yo digo no lleva ninguna mezcla. Son sólo hojas... Hojas verdes. Tiene un efecto parecido al del ginseng.

—¡Ah, sí! —soltó Barry—. Ya sé a qué te refieres. ¡Al Jiaogulan!

—¡Sí, eso mismo! —Bueno, era lógico que no se acordara del nombre. Sobre todo cuando tenía las hormonas fuera de quicio.

—Es una planta increíble —dijo él—, con propiedades maravillosas: tiene efectos equilibrantes, cardiotónicos, regula la presión sanguínea, reduce el colesterol, estimula el metabolismo e incluso actúa como inhibidor del cáncer.

—Vaya, entonces es un remedio universal. Pues debería empezar a tomarlo yo. A lo mejor llego a cumplir ciento veinte años.

—Definitivamente deberías hacerlo.

—¿A qué sabe? No puede estar tan bueno si tiene tantos beneficios.

—A regaliz.

—¿Ves? No soporto el regaliz.

—Ya tenemos algo en común —dijo Barry de nuevo con una sonrisa irónica.

—¿De verdad? La mayoría de los hombres me miran como si fueran a pegarme con un bate de béisbol cuando les digo que no me gusta el regaliz. Es como si dijese que no me gustan los gatitos.

—¿Estás de broma? No me lo creo.

—Sí, lo digo en serio. Igual que cuando le cuento a alguien que no me gusta el tomate.

—¿No te gusta el tomate? —preguntó con fingido asombro—. ¿Dónde está el bate de béisbol?

Laurie se rio. Era como si tuviese diecisiete años

de nuevo. Así le hacía sentir Barry siempre que se hallaba a su lado.

—Entonces, ¿te apunto el Jiaogulan también?

—Sí, gracias. Cuatro libras. Y ya de paso puedes traerme también el Chai. Personalmente, me gusta más cómo suena. El jengibre y la manzana resultan una mezcla perfecta.

—Estoy de acuerdo.

Ella le sonrió.

—Gracias, Barry.

—¿Por qué?

Por la visita. Por hacerme reír. Por enriquecer mi vida desde hace seis meses. Porque cada martes tengo algo por lo que sentirme feliz.

—Por el pedido, claro —fue todo lo que alcanzó a decir.

—Bueno, ése es mi trabajo.

—Y por la agradable conversación de hoy —se atrevió a añadir.

Barry la miró directamente a los ojos. Ella sintió que la cabeza se le acaloraba y le sudaban las manos.

—Gracias a ti también.

Durante veinte segundos no dejaron de mirarse el uno al otro. Luego Barry dijo:

—Por cierto, me gusta la decoración veraniega que tienes en el escaparate.

—Oh, gracias.

Miró lo que tenía expuesto. Había colocado algu-

nas variedades de té junto a una bonita tetera decorada que había comprado en la tienda de regalos de Orchid. Además de toda clase de parafernalia, Orchid también tenía para cada ocasión las flores artificiales más auténticas que había visto Laurie. Para Laurie era muy importante que la tienda se viese impecable desde la calle, y no sólo cuando los clientes ya estaban dentro. Por ese motivo, cada pocas semanas se ocupaba de redecorar el escaparate de acuerdo con la estación y las variedades de té que recomendaba aquellos días. La decoración actual incluía variedades afrutadas de té estival, naranjas, la flor de tilo y distintas clases de bayas. Una vez más se alegraba de que Barry se hubiese percatado del cambio.

—Y tú llevas un nuevo y bonito corte de pelo —dijo a propósito para que supiese que ella también se había fijado.

—¿Te has dado cuenta? —replicó Barry asombrado.

Ella asintió, y se miró fijamente los pies. La carrera en la media captó enseguida toda su atención y levantó la vista a toda prisa antes de que Barry siguiese la dirección de su mirada.

—Me temo que debo irme. —Su voz parecía un tanto desilusionada.

—Entonces nos vemos el próximo martes. —Laurie sonrió y acompañó a Barry hasta la puerta. Se quedó allí de pie mirando cómo él subía a la furgoneta de

color verde aceituna que tenía aparcada delante de su tienda en Valerie Lane.

Más que una calle, Valerie Lane era un callejón con una hilera de viejos edificios de ladrillo de dos plantas, cuyos bajos albergaban pequeños comercios. Había exactamente seis tiendas, una de ellas vacía desde que la heladería cerró en primavera. Donna, la propietaria, se había mudado a Holanda a finales de marzo con su amor verdadero.

En los tiempos de Valerie, todas las fachadas tenían un revestimiento de madera pintada de verde oscuro, que ahora casi rayaba el negro. Sin embargo, eran pocas las que conservaban ese verde, la mayoría de sus propietarios habían preferido pintarlas de nuevo con colores alegres. Laurie's Tea Corner se alzaba con un azul claro resplandeciente acorde con la personalidad de su dueña.

Entrando al callejón por Cornmarket Street, la tetería de Laurie era la primera tienda a mano izquierda, a la que le seguía Keira's Chocolates y, al fondo, Ruby's Antiques. Al otro lado se hallaban Susan's Wool Paradise y Orchid's Gift Shop. La tienda abandonada quedaba entre una y otra. Laurie tenía curiosidad por saber quiénes y cuándo la alquilarían, y qué tipo de tienda sería. Esperaba que el dueño también fuera una mujer. Un hombre no encajaría en Valerie

Lane. Históricamente, en aquella pequeña y encantadora calle siempre habían vivido mujeres. Por algo la habían bautizado con el nombre de Valerie Lane y no con el de un tipo cualquiera.

Laurie siguió a Barry con la mirada después de que hubiese doblado la esquina. Sentía que le temblaban las piernas. Una vez más había sido incapaz de preguntarle al hombre más maravilloso de Inglaterra si quería salir a comer con ella o ir al cine a ver una película juntos. Suspiró. Bueno, en realidad tampoco era tan grave, dijo para sí. Aquella misma noche soñaría con él, una vez más, y él la cogería de la mano bajo la puesta de sol, nadarían juntos en el mar o montarían a caballo por la pradera. Quizá, incluso volvería a soñar que Barry y ella estaban ante el altar y al fin podía besarle en presencia de todos sus amigos y de la familia, que no paraba de agobiarle infinitamente porque llevaba demasiado tiempo soltera.

—Nos vemos la semana que viene, amor —susurró a su estela confiando en que él pudiera oírla por fin.